

Juan Marín

Peregrinaje a Abydos



El tema osírico es el más cautivante y fecundo de todos cuantos las religiones antiguas en general y las de Egipto en particular, pueden ofrecer al investigador apasionado por el estudio de las viejas civilizaciones o simplemente al hombre de nuestro tiempo interesado en la exploración de las grutas sacras y arcaicas del pensamiento humano, vistas en un corte vertical de la Historia de la Humanidad. En el campo osiriano, la cosecha es opima y abundante para el filósofo, la veta inagotable para el psicoanalista, la vendimia opulenta para el artista, la excavación fructífera para el arqueólogo. Es un filón de rico metal en que cada cual puede encontrar lo suyo y leer en aquella inmensa radiografía psicológica—borrosa por el tiempo—que es el «mito», las huellas del «Inconsciente Colectivo» de la especie en su marca ascendente, las claves de la inteligencia humana en su proceso de perfección: ciencia, arte y moral refundidas en un rico haz de oscuras espigas caídas de la mano del Tiempo y esparcidas hoy a la vera de los senderos, junto a los pasos del peregrino imprevisto. Para nosotros, este interés no es de hoy: data del tiempo, asaz lejano ya, en que tuvimos el honor de dictar la Cátedra de Historia de la Medicina en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Las ideas osirianas de la «momificación» incidían amplia-

mente en nuestro tema, pero, siendo aquello importante, nunca fué sin embargo el punto céntrico de nuestro interés, pues lo que nos ha atraído desde el principio en la leyenda de Osiris es su contenido filosófico, vale decir, su concepción dialéctica de la eterna renovación de la vida. Apenas llegados al Valle del Nilo y puestos en contacto con todo ese mundo alucinante de las religiones faraónicas, nuestro antiguo interés por el tema osírico renació de inmediato. Y el fruto de nuestros estudios y trabajos lo entregamos a nuestros lectores, bajo el título de «LA LEYENDA DE OSIRIS», en un largo ensayo publicado en «ATENEA». Expusimos allí la génesis del mito osírico, su desarrollo en el tiempo y en el espacio, sus conexiones ocultas o aparentes con otros mitos de la Antigüedad mística y legendaria, la parte histórica que hay en él (Osiris «rey deificado»), su meollo astrológico (Osiris mito «cósmico»), sus acepciones agrícolas (Osiris dios «de vegetación»), su contenido iniciático (Osiris, «Gran Atlante» o «Gran Iniciado»), sus implicaciones psicoanalíticas (Osiris expresión simbólica de la mitad «ariélica» del alma humana, en oposición a Seth o Typhon, mitad «calibánica»), etc.

Ahora, en este nuestro «PEREGRINAJE A ABYDOS» se trata de algo diferente: no es ya una simple exploración del reducto osiriano a través de los horizontes de la bibliografía, la religión, el arte y la literatura, sino que consiste en una visita material al sitio mismo donde nació y cristalizó este mito, donde floreció este culto y donde, según todas las probabilidades, se encuentra sepultado el cuerpo momificado del gran demiurgo. Es un descenso a las fuentes primigenias mismas del mito de Osiris, de un peregrinaje real y efectivo por los caminos reales de la Mitología. Cosa semejante hicimos—aunque no con igual profundidad—en El Líbano con Adonis, en Siwa con Alejandro Magno, en Tyro con el rey Hiram, en Sinaí con Moisés, en las altas montañas himaláyicas con Siva y en los remotos parajes de Kashemira con la supuesta y legendaria «Tumba de Cristo». Pero, ya que hemos empleado y habremos de emplear más adelante, repeti-

damente, el vocablo «mito», comencemos por explicar qué se entiende por mito y qué por leyenda y cuáles son las recíprocas relaciones que existen entre ella y con respecto al símbolo. Mito es, según Toynbee, la descripción poética y pictórica de una «realidad supra-histórica»; definición es esta que calza perfectamente con el mito osírico, el cual es una auténtica «realidad supra-histórica». Todo mito arranca de un símbolo, es o fué alguna vez, un símbolo. Los símbolos, sistematizados y dotados de cierta fijeza y permanencia en sus imágenes, constituyen los mitos. Pero, no deben confundirse las visiones oníricas, o los fantasmas que pueblan los delirios de un neurópata con los símbolos «creadores» o mito-génicos pues la característica de éstos es su permanencia e identidad en la extensión del tiempo y en la anchura de las latitudes geográficas. La resonancia psíquica del símbolo no depende de la imagen «física» que él expresa (por ejemplo en el caso del «lingam» del culto sivaico, a menudo calificado de «grosero» por observadores superficiales o de escasa cultura), sino de la relación que, en mayor o menor grado, el símbolo muestra, clarifica o desentraña entre el macro y el micro-cosmos, esto es, su poder, «cosmogénico». Por eso, todo símbolo es siempre una proyección de lo psíquico en lo físico. Y el elemento «numus» que invariablemente existe en todo mito no es, al fin de cuentas, otra cosa que el límite que el mundo físico o material alza ante las incursiones y aventuras del espíritu, el freno que el plano de las formas y volúmenes opone al desbocado Pegaso de las potencias espirituales del Universo. No puede decirse que los grandes mitos que, como nubes flotan en el cielo de la Historia de la Humanidad, existan como tales en parte alguna, así sea en las estrellas, (como Ishtar), en los cielos (como el «Dragón» chino), en las entrañas de la tierra (como Osiris o como Hades y Proserpina), en el fondo de las aguas (como los «Nagas» o como Neptuno y Afrodita), etc. Tampoco puede afirmarse que sean creaciones puramente abstractas, especulativas y fantasmales del «Inconsciente». Su existencia real está condi-

cionada por una relación directa, por una proyección, por un ayuntamiento o imbricación, por una «comunidad» del mundo del pensamiento con el universo material. El mito es esencialmente «religión» en el sentido que une, («religare») aquellos dos mundos por cuya identificación clama con voz tan pura y angustiada el autor del «Bhaghavad-Gita»: el de la «irrealidad» con lo «real». El mito es el rayo lumíneo que viene a alumbrar el contenido del símbolo y la leyenda no es sino la superestructura, el bello ropaje que viste al mito con su manto poético animándolo con ese soplo «miguel-angélico» que hace que el mármol hable y que el verso se transforme en Verbo creador a la manera del «Aum» védico-tibetano. Los símbolos adquieren fuerza y vigor exclusivamente al tamizarse a través del mito, cubierto éste ya por su veste de leyenda. La aparición del símbolo desencadena en la mente una—o una serie de—asociaciones de ideas en las cuales el mito se presenta no como tal sino como un hecho «real». Y por su parte, la leyenda que lo viste y recubre, despierta en el plano emocional una serie de reacciones «en cadena» (como las de la ruptura del átomo), con sus sublimaciones, descargas, ceses de tensiones, «catharsys», etc., de donde su categoría artística, su indisputable ubicación en el mundo del arte y la belleza. Herodoto, Plutarco, Pitágoras, Platón, Pausanias, Strabon y tantos otros, tenían que conocer el mito de Osiris asesinado y resucitado después de entre los muertos, para entender la filosofía de la Vida y de la Muerte que aprendieron en los sombríos caminos iniciáticos de Egipto. Y el mito de Zagreus devorado por los Titanes, y el de Proserpina raptada por Plutón, y el de Attis-Adonis asesinado por el jabalí, y el de Astarté descendida a los infernos y elevada después al planeta Venus, y el de Tamuz y Gigalmes y Prometeo y tantos otros, tenían que ser alimento espiritual previo de todos aquellos que se sometían a las pruebas iniciáticas de Eleusis, Byblos, Delfos y demás santuarios célebres de la Antigüedad. Y Abydos fué uno

de estos santuarios, acaso el más antiguo y acaso el padre y abuelo de todos los demás.

* * *

Los arcaicos habitantes del Valle del Nilo lo llamaban «Abodú», que significa «Montículo de la cabeza de Osiris», vocablo que los griegos—en su prurito identificatorio que los hizo sembrar de nombres griegos todo el mundo antiguo conocido—identificaron de inmediato con el nombre de la ciudad griega de Abydos. Así Abodú pasó a ser Abydos. Los árabes llaman hoy a este lugar: «El-Araba-el-Madfuna», que significa «El Hombre Enterrado», recogiendo de este modo la tradicional creencia de que aquí se encuentra sepultado el gran demiurgo que, venido de allende los mares y desiertos, colonizó Egipto. No es fácil llegar a Abydos. Sitio es éste que, felizmente, está al margen de las rutas de los turistas que visitan el Valle del Nilo. Se necesita una gran dosis de entusiasmo artístico y una no menor de heroísmo arqueológico, para vencer todas las dificultades que se oponen al viajero ansioso de pagar sus respetos al dios del «Más Allá». La ayuda de los organismos oficiales del Gobierno Real de Egipto es imprescindible: sin esa ayuda no se puede disponer de la pequeña «Rest-House» gubernamental y habría que dormir sobre las arenas del desierto, escuchando el aullido de los lobos y el sigiloso reptar de las serpientes. Pero, si bien se mira el problema y pesando los «pro» y los «contra» del asunto, es una suerte que tales dificultades existan pues, gracias a ellas, Abydos mantiene en toda su integridad ese aire de cosa remota e irreal que le es característica y conserva en toda su pureza el misterioso aroma de la «leyenda osiriana» que la envuelve y prestigia desde el fondo de los tiempos. En Abydos se siente con mayor fuerza que en parte alguna del mundo—exceptuando tal vez ciertos lugares «mágicos» de India—esa prepotente comunión de los muertos con los vivos, esa ma-

ligna influencia que pudiéramos llamar aun «pasión», que parece salir del fondo de ciertas tumbas y que penetra nuestras fibras y se adhiere vampíricamente a las capas más profundas de nuestra conciencia como un violento cáncer del espíritu. (No recordamos haber experimentado influencia semejante con tal fuerza sino tal vez en la llamada «Tumba de Cristo», en Srinagar, Kashemira, donde la «presencia» de algo indefinible y turbador es unánimemente reconocida por todos los que allí han estado). Situada en Alto Egipto y—como corresponde a un santuario osírico—en la ribera Poniente del Nilo, Abydos ha sido personificada como la antigua This o Thinis de las viejas inscripciones y papyrus, o sea la cuna de las arcaicas Dinastías llamadas «Thinitas» que dieron sus primeros Faraones proto-históricos a Egipto. Los monarcas de las dos primeras Dinastías históricas que les sucedieron, gobernaron no desde Thinis o Abydos, sino desde Hieracónpolis (sede de un culto solar) y luego desde Memphis (centro del culto de Ptah: la «creación por la palabra») según se sabe; pero, fieles a la tradición venida desde quien sabe cuántos siglos anteriores, ellos se hacían sepultar en Abydos. Esas dos primeras Dinastías históricas—que precedieron en más de cinco siglos a los constructores de las grandes Pirámides (III y IV Dinastías)—han dejado la lista completa de sus reyes inscrita en uno de los muros del templo que describiremos más adelante y que visitamos durante este nuestro peregrinaje. Sus tumbas fueron descubiertas en 1879 por el arqueólogo francés Amélineau, quien al excavar la tumba del arcaico Faraón Zer, (3,500 A. C.), creyó haber descubierto nada menos que la propia tumba de Osiris. Es de imaginar la emoción que estremeció en esos momentos a todo el mundo arqueológico. Su creencia no fué, sin embargo, posteriormente compartida por la mayoría de los arqueólogos, pero es evidente que su hipótesis no era totalmente descabellada. Pues, si en algún sitio del Valle del Nilo se encuentra sepultado el cuerpo mutilado del «Gran Atlante» colonizador de Egipto y fusionador de los «Dos Reinos» (Alto

y Bajo Egipto: el «payro» y el «loto»), del «Rey-deificado que antes de ser asesinado por el fratricida Seth, enseñó a estos hombres la agricultura, la astronomía y la religión, aquí es donde ha de hallarse. Si no todo su cuerpo, por lo menos su cabeza, según lo quiere la tradición multiseccular. Como que este sitio ha sido, durante más de sesenta siglos, señalado como la «Puerta de Entrada al Más Allá», como la antesala del «Reino de los Muertos». Hay aquí, en la Cordillera Líbica—que circunda el valle a modo de un semi-círculo escarpado y dantesco—una hendidura vertical, un corte, un desfiladero sombrío, una fisura siniestra al través de la cual creyeron los antiguos que pasaban las almas desencarnadas de los mortales para entrar en el «Reino de Osiris». Frente a esa hendidura misteriosa, a esa «Puerta en el Muro» que diría H. G. Wells, y en la cual todo misterio puede materializarse frente al espectador, nuestro espíritu se detiene amedrentado y reverente. Comprendemos que aquel fué un «límite» entre lo conocido y lo ignoto. Y es al pie, justamente, de ese pórtico del Hades, que las dos primeras Dinastías históricas sepultaron sus reyes y es frente a él que Seti I y Ramsés II los gigantes del Nuevo Imperio, construyeron sus magnos templos que son gloria de la Arquitectura egipcia en su época más brillante, con razón llamada la «Renaissance» de la XIX Dinastía.

* * *

Cuando después de viajar ocho horas en tren y dos en automóvil nos encaminamos, ahora a lomo de camello, rumbo rectamente hacia el Poniente en demanda de las tumbas de la I y II Dinastías, encontramos junto a ellas y por encima de ellas—cubriendo la superficie de la arena igual que los sargazos cubren a trechos la superficie del océano—millares y millones de fragmentos de vasijas de greda y de alabastro¹ agrupados en montones o esparcidos sobre el lomo de las dunas. Ponen ellos una

ancha pincelada de intenso color «sang de boeuf», (como el de esos bellos vasos chinos del período Manchú), sobre el leve amarillo terroso del desierto. De tal circunstancia deriva el pintoresco nombre de «Om-el Quá'ab» que los árabes dan a este sitio y que significa «Madre de los Cacharros». Toda esa alfarería fragmentaria y abandonada—de la cual recogemos nosotros piadosamente algunos trozos para nuestra colección—representa el homenaje de incontables mortales e innúmeras generaciones a Osiris, «Señor de las Tinieblas» y principalmente «Juez de los Muertos» o «Señor del Juicio Final». La ambición de todo hombre era la de hacerse sepultar en la tierra sagrada de Abydos, como aun hoy día la de todo hindú es la de ser cremado en Benarés y la de que sus cenizas sean arrojadas en el Ganges. Pero si aquel ideal no era realizable, la subsecuente aspiración de todo egipcio era la de efectuar por lo menos una vez en la vida, un «peregrinaje a Abydos» y ofrendar allí a Osiris, igual que un musulmán de hoy aspira a entrar una vez en la Mekka o un Cristiano en Jerusalén. Mas, si tampoco aquello era posible, el mínimo anhelo del creyente era entonces enviar un vaso o jarro de ofrendas al Rey del «Amenti» en cuya balanza su alma iba a ser pesada contra sus acciones buenas y malas ante el Tribunal de los Cuarenta y Dos dioses funerarios. Los faraones, «hijos de dioses», (de Amón, Rá, Sokkar, etc.), aspiraban a transformarse «materialmente» en Osiris después de su muerte; la muchedumbre anónima sólo ambicionaba unas migajas de la gloria póstuma: un rústico vaso de greda conteniendo su ofrenda, depositado en el santuario osírico de Abydos, allí sobre las tumbas de las Primeras Dinastías, en el sitio donde la tradición y el «folk-lore» intuyen—como lo creyó Amélineau—que está sepultado el cuerpo momiforme del hermano-esposo de Isis. La acumulación de alfarería ha sido enorme en tantos siglos de un culto ininterrumpido. De allí que nuestro camello camina ahora lentamente balanceándose sobre un mar de dunas que no son amarillas como las otras del Desierto Líbico, sino que ponen un manchón rojo-sangre

de greda destrozada, semejante a un prado de amapolas florecidas en mitad de una pradera. Para nosotros, este viaje al pie de las montañas, junto a las arcaicas tumbas de Manés o Menés (el primer Rey «histórico» de Egipto), de Aha, Zer, Anzib, Quá-ah, Sen, Raneb, Nineter, Peribsén, y tantos otros que aquí ocuparon el trono del «Rey-chacal», Oupouhat, llamado «El que Abre las Puertas» en el tétrico «Libro de los Muertos» de Sakkarah, trono que fué también el de Khenti-Omentiú o «El Primero en Occidente» (identificado más tarde, erróneamente, con Osiris), constituye la parte más trascendental de nuestra visita a Abydos. Es nuestro contacto con lo más antiguo conocido, con la cuna de un gran mito y de una bella leyenda, mito y leyenda cuya «Triada Divina»: Osiris-Isis-Horus («Padre»—«Madre»—«Hijo») enseñó a los hombres las ideas de Resurrección, Castigo del Pecado e Inmortalidad. Si los mitos son comparables a preciosos e invaluable hallazgos fósiles en el mundo de las culturas, que nos muestran en alegorías y símbolos, los pensamientos y emociones de aquellos que nos precedieron en sus aspiraciones por resolver los problemas humanos y divinos, Abydos es una de esas capas de tierra privilegiadas por la Historia. Y esta tierra rojiza sobre la cual caminamos, sintió las pisadas de un hombre que fué después deificado y vió llegar después en lágrimas a Isis, la «Madonna», madre y espejo de «Madonnas» divinas posteriores, para cavar en el silencio de la noche, a hurtadillas del despótico hermano-asesino, la humilde sepultura del demiurgo.

* * *

Abydos es sombrío y espectral. «Hay algo de salvaje y de silente en este sitio», ha escrito Sir Flinders Petrie en su «opus magna» de Arqueología egipcia: «Royal Tombs». Y así es, en efecto. Salvaje y silente sentimos este lugar ahora que, al paso lento y balanceado de nuestro dromedario, hemos ascendido el

arenal—un verdadero ventisquero de arena—que baja por la hendidura o «cliff» de la montaña y se extiende del otro lado de la «Puerta del Más Allá». Hemos llegado ahora a la cumbre de las desoladas y fúnebres colinas. Y al contemplar el paisaje que nos rodea, sentimos acaso las mismas impresiones y emociones que turbaron el alma de los primitivos pobladores de Egipto cuando llegaron a este lugar: una «presencia» intraducible, esa «proximidad de lo Infinito» de que habla Max Müller, esas vibraciones del éter o del «astral» que no llaman a ninguno de nuestros sentidos en particular pero que estremecen cataclásticamente las más hondas capas de nuestra personalidad. No contempló panoramas de mayor desolación Boeckling cuando pintó su «Isla de los Muertos», no imaginó paisajes más letales Franz Werfel al describirnos sus viajes planetarios en su póstumo libro «Star of the Unborn», ni contemplarán acaso cosas peores los primeros hombres que desembarquen en la Luna. Mirando hacia el Este, el espectáculo es más o menos normal en Egipto: vemos el Nilo deslizándose, ancho y quieto, entre dos márgenes de verdes campos de cultivo, el Sacro Río por donde descendió hacia el mar la cesta con Moisés-niño y por donde fué empujado hacia el Mediterráneo, el ataúd conteniendo el cuerpo vivo de Osiris después del festín ritual perpetrado por su hermano Typhon; más lejos, allá en el confín del horizonte oriental, divisamos, borrosas y esfumadas en la embriaguez lumínea de la atmósfera, las montañas del Desierto de Arabia que empuja hacia el Mar Rojo su caravana de jorobas petrificadas. Pero, si miramos hacia atrás de nosotros, hacia el Poniente, nuestra alma tiembla de espanto como en una alucinante pesadilla: las estribaciones de la Cordillera Líbica, con sus sombrías formas piramidales recortándose en violento claroscuro en este preludio del crepúsculo que ya amenaza abatirse sobre el Desierto, nos ofrecen la visión espectral del «Mundo de los Muertos» tal como los arcaicos egipcios lo imaginaron. Este es el «Amenti» el «Reino de los Muertos», descrito en el «Libro de las Puertas»

y en el «Libro del Chacal», el reino sombrío al cual entró Osiris para luego ascender y habitar eternamente en la Constelación de Orión, el yermo paraje en donde el Caín faraónico, el fratricida Seth, vaga sin paz ni reposo, sufriendo como Orestes y como Laocoonte, el horror de sus remordimientos. Hemos dicho otras veces que los antiguos sabían elegir admirablemente el emplazamiento de sus santuarios, en completa armonía y unidad con el paisaje: así lo muestran los templos de Edfou y Kom-Ombó, Karnak y Baalbek, Eleusis y Dafne, Byblos y Martand. Así lo prueba también, en su integralidad, la ciencia china del «Feng-Shui» o «Ciencia del Agua y del Viento». Pero, aquí no hubo, ciertamente, necesidad de una elección deliberada: ella surgió, sin duda, espontánea y arrolladora, pues el paraje respira la muerte y la refleja ofreciendo su imagen siniestra a nuestros ojos como un espejo mágico, semejante a aquel que provocó el suicidio de Pao-Yú, el «Hamlet chino» en la célebre novela «El Sueño de la Cámara Roja». Mas allá de estas montañas, más lejos del umbral de esta quebrada que es la «Puerta del Más Allá», ningún San Jorge ni ningún Marduk osaban aventurarse a luchar contra el Dragón o la Sierpe. Pues ese era el reino exclusivo de los muertos y no había en él sitio alguno para los vivos. De allí que cuando Isis, «La Piadosa», dividió el cuerpo de su hermano-esposo (rescatado del interior de un tronco de cedro en El Líbano usado como «columna-maestra» en su palacio por el Rey de Byblos) y lo dividió en «tres veces siete trozos», yendo a sepultar cada uno de ellos en cada uno de los «nomes» o provincias de Egipto Antiguo, reservó para Abydos la cabeza del demiurgo. Y aquí está «El-Araba-El Madfouna» o «El Hombre enterrado» de que hablan la tradición y el «folk-lore» árabe y beduino.

* * *

Todas estas ideas vienen a nuestra mente esta noche mientras reposamos las fatigas de la jornada en la rústica «cama de

campana» que la «Rest-House» del Gobierno Real nos ofrece, en la vecindad de las ruinas. Junto a nosotros, en un sencillo estante de madera, yace la momia recién desenterrada de un niño. Fué encontrada bajo una estela de piedra en el «Sancta Sanctorum» del Templo de Ramsés II, a pocos metros de este sitio. Polvorienta y negruzca, la pequeña momia es un enigma, pues nada fué hallado junto a ella, en su pequeño sarcófago, que revelara su identidad. ¿Es tal vez el hijo de un Gran Preste o de un Príncipe? ¿O acaso de un Rey? Suposiciones bien fundadas son todas estas, pues de otro modo, jamás hubiera podido ser sepultada en tan sacro lugar. A pesar del cansancio del día, nuestro espíritu se mantiene alerta, receptivo en forma casi hiperestésica a todas las impresiones y estímulos psíquicos o sensoriales del ambiente. Dejamos nuestro improvisado lecho y salimos al aire glacial del desierto. El cielo es de una claridad y de una transparencia sin par. Arriba, junto a la Osa Mayor, grata a los alquimistas chinos de «Tao» o «El Gran Camino», fulge maravillosamente diamantina, la Estrella Polar, la Estrella del Norte, hacia la cual orientaban su entrada todas las Pirámides egipcias, acaso para que el Gran Preste contemplara desde ellas, la magna «asamblea de las almas de los muertos», allí reunidas después del «Juicio» favorable de Osiris. Nuestros ojos interrogan los misterios estelares con la misma ansiedad que lo hicieron, hace más de seis mil años, los habitantes de esta orilla, de cara a la bóveda celestial desde la cubierta de sus barcasas o desde la abertura de sus tiendas de piel de leopardo en el desierto. Allí está Venus, extraordinariamente luciente, la Ishtar, de los Caldeos, la Astarté de los Sirios, Sri de los hindúes, la Afrodita griega, la Hathor egipcia. Evocamos el bello mito del descenso de Ishtar a los Infiernos, hermano del mito de Perséfone en Eleusis y del de Attis-Adonis, Tamuz, Orfeo, etc., héroes mitológicos todos ellos resucitados y ascendidos de nuevo a los cielos para habitar en planetas y constelaciones. Y pensamos que Osiris es el padre de toda esta mitología, el tronco primogénito

de un culto que habría de extenderse por todo el ancho mundo, bajo formas aparentemente diversas pero que en el fondo se identifican. ¿Quién podrá revelarnos el misterio de cómo el demiurgo Osiris fué a identificarse en la remota India con el dios «Iswara» (nótese la semejanza fonética de ambos nombres) llamado por los hinduistas, el «Osiris indio»? ¿Viajó el mito con Alejandro Magno, con Darío, con Cambyses? ¿O hubo un «rendez-vous» de culturas en la vieja Mesopotamia, cruce de caminos del mundo? Caminamos sobre la arena del desierto en dirección de las ruinas. Y nos sentimos poseídos de una especie de vértigo cronológico, de un «terror sagrado» atávico e intelectual al mismo tiempo, cuando pensamos que esta misma arena que vamos ahora pisando, recogió las huellas diminutas de los pies de Isis llevando la cabeza seccionada de su hermano-esposo hacia la sepultura y las de los juveniles pies de Horus en marcha hacia la venganza del asesinato de su padre. Así como Brahma luchó con Vishnú y fué finalmente dominado por Siva Mahadeva que cortó una de sus cinco cabezas, así Typhon que había asesinado a Osiris, fué finalmente exterminado por Horus, el héroe nacido como Siva, del tallo de una flor de loto. En la ribera vecina, Horus luchó contra el cocodrilo y contra el hipopótamo en que Seth se metamorfoseaba o en que el mito lo ha metamorfoseado posteriormente. Y el rugido de la bestia herida ha de haber resonado su eco en estas mismas colinas donde se escucha ahora el aullido de los lobos y chacales que rondan junto a las tumbas más lejanas. Al claror de esa «azulada y leve polvareda de luna» de que habla Gabriela Mistral en sus «Sonetos de la Muerte», se recorta en lontananza el perfil de la fortaleza pre-dinástica de Shunet-El-Zebib: acaso allí mismo, los célebres «Compañeros de Horus» —que tenían el Halcón como emblema—lucharon contra los hombres negros que adoraban al cocodrilo Sebekh y los desplazaron hasta lograr la unificación de Egipto simbolizada en el templo—doble de Kom-Ombó, en el cual, en una mi-

tad se adoraba a Horus (el Halcón) y en la otra a Sebekh (el Cocodrilo).

Pues Horus ha de haber sido, a juicio nuestro, un segundo colonizador Atlante, venido quien sabe cuántos años o siglos después de Osiris, para continuar la obra empezada por éste. El mito, tal cual nos lo ha transmitido Plutarco, dice que Horus fué concebido por Isis después de la muerte de Osiris, recogiendo de este modo y en forma harto visible, la noción de que hubo un lapso de tiempo, una larga solución de continuidad entre Osiris y Horus. Según la leyenda, Isis, después de haber ido a rescatar el cadáver de Osiris en las costas fenicias, lo reanimó mediante artes de magia y transformándose ella en un halcón-hembra de color negro, cohabitó con su hermano-esposo. De aquel contacto póstumo habría nacido Horus, el «dios-Halcón». En su combate con Seth, Horus perdió uno de sus ojos, el cual lanzado a los espacios, constituyó el Sol, llamado en los libros esotéricos egipcios: «el Ojo de Horus». A su vez, Horus, castró a Seth y luego lo fecundó ritualmente, habiendo nacido de ese contacto homo-sexual, el futuro dios Thot, nacido al través de la hendidura parietal de Seth y representado como un hombre con cabeza de Ibis, llevando el disco de la Luna sobre su cabeza. Pero nos apartamos peligrosamente de nuestro tema. Agrega la leyenda que Horus y sus «Compañeros» (el grupo de Atlantes de la segunda colonización) después de vencer y aniquilar a Seth y a sus partidarios, consolidó la obra de su padre Osiris, unificando el Alto y Bajo Egipto y estableciendo en forma definitiva la primera Dinastía de demiurgos Faraones (el tiempo en que «los dioses eran reyes y en que los reyes eran dioses»...), adoradores del sol y cultivadores de la tierra. La Triada Divina quedó de ese modo integrada a base del simbolismo del número Tres, (Osiris-Isis-Horus) de donde saldría la expresión geométrica perfecta del triángulo y la forma arquitectural perfecta también de la Pirámide. El Ternario ha sido siempre para los hermetistas la ecuación de la armonía y del orden, de la estabilidad

y del poder creador. El número Tres es la «Unidad transformada en acción», lo «Único» devenido en Creación. En nuestros libros sobre China, al estudiar la filosofía del Taoísmo, nos hemos ocupado ampliamente de este tema. También en nuestros artículos sobre el Mayismo escritos desde la América Central. En la India Védica el Ternario lo encontramos en: Indra, Agni y Soma; en la India Brahmánica, la Triada cristaliza en: Brahma, Vishnú y Siva. Es la «respiración de Brahma» que, al inspirar primero y luego expirar su «soplo vital», crea los Mundos. Exactamente como en la dialéctica de los neo-platónicos, el Padre «se expande hasta lo Infinito en la idea de Ser», el Hijo «retorna siempre al Padre» de cuyo seno salió, y este doble movimiento produce un ritmo de «Aspir» y «Expir» que constituye el «soplo divino», llamado por los Yoguis brahmanes «la respiración de Brahma» y por los neo-platónicos el «Espíritu Santo». La Triada Divina es en Persia: Ormuz, Arihmán y Míther; entre los fenicios: Bal, Astart y Melkhart; entre los caldeos: Oannes, Bil y Bel; entre los antiguos celtas: Teutates (la Fuerza), Esus (la Luz) y Gwyon (el Espíritu); entre los escandinavos: Odin, Frega y Thor.

* * *

El culto osírico quedó establecido en Abydos desde tiempos inmemoriales en forma de adoración a la «Triada Osírica» o «Triada de Abydos». Este sitio pasó a ser un santuario que resistió a todos los embates del tiempo y a las rivalidades de dioses venidos posteriormente. Siempre hubo aquí un templo al Dios de la Muerte y de la Resurrección y, según el decir de Herodoto y Plutarco, aquí se celebran los «Misterios Osíricos», padres de los «Misterios» de Adonis en Byblos y abuelos de los «Misterios» Orficos y Eleusinos de Grecia.

De lo que fueron estos arcaicos santuarios a Osiris y a la «Divina Triada»: Osiris-Isis-Horus, sólo podemos tener una re-

mota idea leyendo las crónicas de Herodoto y Plutarco, estudiando los ritos vegetales o agrarios del culto osírico en relación con la «crecida» anual del Nilo y, sobre todo, observando y analizando con la mayor detención la configuración de este turbador «Osiréion» que tenemos ahora frente a nuestros ojos. Desenterrado junto al muro posterior del fastuoso Templo de Seti I y, a un nivel muchos metros más bajo que éste, el «Osiréion» es un templo subterráneo. Su centro era una isla rodeada de canales acuáticos en constante circulación, maravilla de obra ingenieril realizada hace tantos siglos. Esta isla traducía, según unos, la creencia de que la vida del hombre nació de las aguas, creencia común a casi todas las religiones antiguas y confirmada posteriormente por la ciencia; según otros, esa isla constituiría la afirmación de que Osiris llegó desde la Atlántida como primer colonizador o «Adelantado» enviado por los Sabios de ese continente antes de su sumersión, para preservar en otras partes del mundo la ciencia y sabiduría atlantes condenadas a desaparecer, según esos «Grandes Iniciados» ya lo sabían. Digamos de paso a este respecto, que existe en muchos la creencia de que los colonizadores Atlantes no vinieron directamente a Egipto sino que fundaron una colonia o estación de tránsito en un lugar del centro del Africa no identificado aún y que sería el llamado «Oasis Perdido»: allí los grandes «colonizadores» como Osiris y más tarde Horus, eran sometidos a un verdadero entrenamiento intensivo que los capacitara para la magna tarea que debían emprender después, cual era la de «civilizar» un pueblo. Hay quienes creen que este «Oasis Perdido» no sería otro que el remoto Oasis de Siwa, en el Desierto de Lybia, al cual con grave riesgo de su vida, fué Alejandro Magno para consultar el Oráculo de Amón y al que consagramos nosotros una serie de artículos («La Hora», 1948, Santiago de Chile) después de nuestra aventurosa y accidentada visita. Pero, todas éstas son especulaciones más o menos bien fundadas, que nos apartan de nuestro tema. Expresemos sí que la doctrina del «agua fluyente» en relación con los santuarios divi-

nos, la hemos visto ampliamente confirmada no sólo en los santuarios Taoístas y Budhistas de toda el Asia, sino también, más recientemente, en los santuarios Sivaítas de la India del Norte y de Kashemira: en todo templo consagrado a Siva, el «lingam» y el agua corriente son esenciales; ejemplo típico de ello encontramos en nuestra reciente excursión al «Templo del Sol» de Martand (Kashemira) donde, desde el «Sancta Sanctorum» depositario del emblema fálico, una cascada de agua caía sobre un estanque ubicado en el atrio. ¿Tiene en estos casos el agua la misma acepción de «fecundación» que le atribuye el Taoísmo chino? Difícil es decirlo, pero un cercano parentesco es fácilmente imaginable entre todas estas creencias. El hecho es que aquí encontramos, datando de una antigüedad que ni siquiera es sospechable, un santuario subterráneo en el cual el constructor se había dado el increíble trabajo e ingenio de rodearlo con un sistema de canales de agua corriente para que la imagen del dios que allí se adoraba recibiera el homenaje del «Primer Elemento» de todas las religiones antiguas y modernas, el Agua, que los biólogos señalan como el origen de la vida y que las religiones requieren para la ceremonia del bautizo que es, como se sabe, un «nuevo nacimiento», una nueva «vida». Descendemos por una escalera en túnel que atraviesa una larga galería. Los muros de esta subterránea galería aparecen íntegramente decorados con los textos del «Libro de los Muertos» y del «Libro de las Puertas», de los cuales hemos hablado en nuestra descripción de las tumbas de la Necrópolis Real de Sakkarah (Viejo Imperio) en las cercanías de la antigua capital Memphis. Una inscripción nos cuenta, en uno de los muros graníticos, que el Faraón Neferrirkeré, de la V Dinastía, decretó que los prestes de este santuario quedaran libres de toda clase de contribuciones y exentos de movilización del trabajo y de la movilización de guerra. Otra, nos informa que los grandes reyes de la VI Dinastía: Pepi I; Pepi II, y Merenré, construyeron aquí grandes monumentos. De ellos sólo queda el testimonio en estas inscripciones. Los Fa-

raones de las Dinastías IX, X, XI y XII contribuyeron también, en forma continua y permanente al embellecimiento y conservación de este sacro lugar, peregrinaron a este sitio y aun, algunos de ellos, lucharon por conservar su valiosa posesión en contra de los poderosos prestes de Amon-Rá, de Thebas y en contra de los monarcas Heracleopolitanos. Tal es el caso del Faraón Antef, de la XI Dinastía, (2060-2000 A. C.), quien habiéndose apoderado de Abydos por la fuerza de las armas, estableció aquí el centro del culto de Osiris como «religión de Estado». Este gran movimiento religioso de oficialización del «osirismo»—semejante al realizado por el Emperador Asoka «el Piadoso» con el Budhismo en India, a Constantino con el Cristianismo y a los Emperadores de la Dinastía Sung con el Confucianismo en China—consolidó de manera definitiva las posiciones del culto de Osiris como un gran movimiento panteísta con múltiples acepciones y múltiples sentidos. Es la época «sáulica» o expansionista del «osirismo», durante la cual la mayor parte de los demás santuarios egipcios se convierten y someten al «Señor del Más Allá»: así Heliopolis, santuario «solar», transforma su Enéada «solar» en Enéada «osírica» agregando los tres dioses de la «Triada Divina» a los nombres de sus cinco dioses «solares»; así los viejos santuarios de Mendés y Ker-Ahá (llamada ésta la «Babilonia Egipcia»), de Rosetta, Herakléopolis y Memphis abaten los emblemas de sus dioses ante el gran «Dios de los Muertos».

Más tarde, el más grande guerrero del Medio Imperio, Senusret III, se hizo construir aquí un fastuoso cenotafio, aun cuando tenía ya su Pirámide en la Necrópolis Real de Dashour. (Véase nuestra serie de artículos «Las Misteriosas Pirámides de Dashour», en «La Hora», Santiago de Chile, 1949). Durante la XVIII Dinastía—la de los Thoutmés I, II, III y IV y de la Reina Hapseshupt, cuando el Imperio llegó a su máxima expansión a pesar de que el culto oficial era el del dios Amón-Rá, sostenido por la poderosa casta sacerdotal de Thebas con la cual estos

monarcas se encontraban íntimamente coaligados, el culto de Osiris no decayó por eso ni un sólo instante. Y fué bajo la siguiente Dinastía, la XIX Dinastía, de los Setis y de los Ramsés, que este sitio marcó el apogeo simultáneamente de la arquitectura y del arte escultórico egipcio con la erección de los dos grandes templos que ahora vamos a visitar: el de Seti I y el de Ramsés II, los dos recios guerreros que defendieron y mantuvieron las fronteras imperiales marcadas por Thoutmés III.

* * *

El Templo de Seti I, alzado en la misma línea axial y casi contiguo al «Osiréion», señala el cenit de la evolución artística faraónica y puede compararse a lo que habría de ser después el Parthenón para el arte griego, Santa Sofía para el arte bizantino y Colonia para el gótico cristiano. Este templo nos muestra a qué alturas de fineza, sensibilidad y «souplesse» en el uso del cincel llegó el arte egipcio hace 3,500 años, este arte que se suele calificar de rígido y monótono. El Templo de Ramsés II (hijo de Seti I) se encuentra considerablemente destruído y no puede ser admirado y apreciado de la misma manera que el primero. Hemos visitado ambos santuarios a la cruda luz del mediodía cuando los relieves que decoran los muros y columnas parecen refulgir, cubiertos de un fino polvo de oro, los hemos visto más tarde, al comienzo de la noche, a la luz de las antorchas, y finalmente, los hemos visitado a medianoche, bajo el embrujo del plenilunio, cuando todos los personajes, divinos y humanos, allí representados parecen animarse de una vida extraña y supraterrena; mediante finos golpes de cincel sobre las levemente combadas superficies, el artista ha logrado dar un extraordinario aspecto de vida a sus figuras, aspecto que en la visión nocturna llega casi al linde de la alucinación. La descripción más o menos completa del Templo de Seti I (fundador de la XIX Dinastía y cuya tumba en el «Valle de los Reyes» es por otra parte la

más grande, solemne y hermosa de toda la Necrópolis de Thebas) desbordaría anchamente los límites de este trabajo: es toda una ciudad sagrada, una inmensa catedral íntegramente labrada, esculpida, decorada y pintada, consagrada al culto de Osiris y su «Triada Divina», sin exclusión tampoco de los grandes dioses: Amón-Rá, Harakhté, Ptah y —cosa no extraña en estos grandes megalómanos de la Historia— al propio Seti I, quien se hizo construir una capilla en igual pie de dignidades con los dioses. Son, en total, siete capillas a las cuales se llega directamente desde los grandes hypostilos, pero de las cuales sólo una, la de Osiris, comunica con el «Sancta Sanctorum». Parece existir cierta oculta clave mística en esta extraña disposición. Aparte de este conjunto, hay una nave lateral consagrada al dios Sokkhar y una galería donde están inscritos los nombres de todos los Faraones egipcios, comenzando con Menés, el primer Faraón de la I Dinastía «histórica». La belleza del Templo de Seti I es cosa que supera toda descripción. Ha escrito el gran orientalista francés H. Máspero (cruelmente asesinado por los «nazis» en Buchenwald): «Los relieves (de este Templo) son a la vez flexibles y precisos, con una superficie sobre la cual el cincel deslizó suavemente, dando una especie de color a la epidermis mediante una multitud de pequeños cortes casi imperceptibles. Mirar esto en una luminosa mañana de febrero es entender hasta qué grados puede encenderse con vida y ternura exquisitas el arte egipcio, tan lúgubre superficialmente juzgado». Con razón todos los egiptólogos y críticos de arte universal consideran a la XIX Dinastía como la época del «Renacimiento Egipcio»: Abydos sería a la vez la Roma y Florencia de esta magnífica floración artística.

El Faraón Seti I, cuya tumba según ya dijimos, está en el «Valle de los Reyes» de Thebas, se hizo construir también aquí, junto a su Templo, en la profundidad del «Osiréion» un estupendo cenotafio. Sitio es éste al cual no se descende sino con la más grande emoción: trátase de un antro subterráneo en el que hay

que entrar alumbrándose con antorchas y caminando sobre improvisados puentes de madera tendidos sobre el agua. ¿Qué secretas relaciones hubo entre el Templo de Seti I, con sus siete capillas conduciendo al santuario de Osiris, y esta misteriosa cámara sepulcral que tanto parece tumba como santuario iniciático de algún secreto rito? Difícil es hoy saberlo. En el muro oriente de esta cámara subterránea, ábrese la boca de un túnel—todavía no completamente explorado—que parece conducir directamente a la llamada «Pieza Ciega» del Templo de Seti I, cámara que fué encontrada herméticamente cerrada y que no tiene puerta ni comunicación alguna hasta ahora conocida. ¿Qué secreto guarda esa pieza que calza, arquitectónicamente hablando, perfectamente dentro del plan general del templo, pero a la cual no se le puede atribuir hasta ahora rol alguno? Desnuda de inscripciones y adornos, y vacía, sellada a piedra y lodo por sus seis costados, ella es parte de un secreto del cual el «Osiréion» con su estanque y su cenotafio formado de inmensos bloques de granito, son otra parte complementaria. Con razón todos los arqueólogos que aquí han trabajado han sido impresionados por esta atmósfera de denso y milenario misterio. Evidentemente ha de hallarse aquí, la representación en piedra arquitectónica de un gran mito cosmogónico. Y con razón el Dr. Franckfort ha escrito que: «el Faraón Seti I se propuso y logró aquí la expresión arquitectónica de trascendentes verdades religiosas». —Pero Seti I es un Faraón del Nuevo Imperio (1321-1300 A. C.) lo cual es como decir que es casi de ayer en comparación con los que aquí construyeron antes que él y de cuyos trabajos hay constancia en las inscripciones ya citadas. ¿Conoció Seti I el sentido oculto de lo que lo precedió? ¿Atisbó las relaciones existentes entre el «Osiréion» con sus aguas fluidizas y su cenotafio granítico, y aquella hendidura en las montañas que la tradición ha llamado, desde los milenios, «la Puerta del Más Allá»? Todo parece tender a una respuesta afirmativa, dada la concepción de su templo, su ubicación y su realización. E igual

es el caso de Ramsés II. Pues ambos templos se extienden directamente de Oriente a Poniente, teniendo sus frontis hacia el Nilo y sus espaldas hacia la Cordillera Líbica. Si se traza una ilusoria línea recta que pase por el eje longitudinal del Templo de Ramsés II, ella va a dar exactamente sobre la «Puerta del Más Allá». El alma desencarnada, el «ka» del Faraón caminaría rectamente, pues, desde el «Sancta Sanctorum» del templo hasta las puertas del «Amenti», en donde la «Vaca Celestial», Hathor, esperaba a las almas para llevarlas ante Anubis y Thot, mensajeros y escribas de Osiris, el «Gran Lord de las Tinieblas». Al ponerse el sol, los rayos de este sol de Egipto—que es más vivo y resplandeciente que ningún otro en el mundo—de este sol maravilloso que inspiró la locura mística del Faraón-poeta Akhnatón, (esposo de la bella Nefertitis y suegro del decadente y refinado Tuthankamón), los rayos lumíneos unidos en prisma gigantesco, parecen confluír hacia aquella abertura en las colinas, reuniéndose y alzándose como una pirámide de luz desde todos los ángulos del Valle. Así se habría gestado la concepción de la Pirámide, como un camino de luz hacia el cielo. Y Zoser, el Faraón de la III Dinastía que, inspirado por su consejero, el Sabio Imhotep, construyó la «Pirámide de Gradadas» de Sakkarah, la habría edificado con «gradadas», caso justamente para que su alma pudiera ascender pisando sobre ellas, como quien asciende majestuosamente sobre una escala palaciega...

* * *

Terminamos con este nuestro «Peregrinaje a Abydos». Fuerza es volver al mundo de los vivos porque, como dice el «Bhagavad-Gita», los caminos de la Sabiduría son dobles: los del conocimiento y los de la acción. Los nuestros son estos últimos. Decimos adiós a Osiris que, envuelto en sus mortajas de «momificado», nos mira desde las piedras milenarias. Diez mil años hace, o acaso mucho más, a que mito y leyenda osiria-

nas fueron alumbradas en estas mismas arenas, junto a este río que pasa musitando su perenne y poderosa canción de cuna. Y el mito no ha muerto porque es un mito de Resurrección y Vida. Osiris es no sólo el «buc emisario» y el «redentor» de su raza y de la Humanidad como otros avatares celestiales deificados posteriormente a su muerte, sino que es también la imago excelsa de la mitad «ariélica» del Hombre, mostrando a las muchedumbres acongojadas el camino hacia las estrellas. Si la Humanidad fuera de nuevo destruída por un cataclismo de las dimensiones del Diluvio Universal, la leyenda de Osiris «viajaría en el arca», renacería del légamo de las aguas desecadas o del seno de las humeantes cenizas, pues forma parte del «Inconsciente Colectivo» de la especie. Es, según la ya citada definición que Toynbee ha dado del mito, una «realidad supra-histórica». Y una «realidad supra-histórica» no puede morir, pues, como su nombre lo indica, está «más allá de la Historia».